

El sereno, como los grandes ingenios, *cumple su mision en la tierra* iluminando al mundo. Verdad es que su luz es agena; pero eso no le hace: ingenios hay que jamás la han tenido propia!

Tiene sus puntos de contacto con los filósofos y grandes hombres, pues como ellos vive en la soledad, y pasa largas horas meditando en la quietud y el silencio.

Jamás padece constipados, resfriados ni otras pejiueras; porque nuestro hombre y el dios de las pulmonías y *coqueluches* tienen *comercios de amistad y otros*.

Es señor de *horca y cuchillo*, y como tal, dispone de la *honra* y vida de la generacion canina.

No está condenado á ver malos dramas ni pésimas comedias, aunque es cierto que tampoco las ve buenas!

No vive bajo el dominio de la llave de su casera, ni tiene que regalar á la muy bruja porque le abrió el zaguan dadas las diez de la noche.

Su vida es mas larga que la de cualquiera otro, porque mientras ese otro ronca, el sereno tiene conciencia cierta de que resuella, cosa que muchos no conocen ni aun despiertos.

Por último, el sereno tiene la fortuna de que las chinches no le piquen de noche, precisamente porque emplea la receta de Quevedo, esto es, *se acuesta de dia*.

Además de las ventajas espresadas hasta aquí, el sereno tiene otras que se le presentan en la forma de moneda. Dadas las diez de la noche comienza á hacer que se cierren los tendajos abiertos hasta aquella hora: entonces el sereno suele echar su trago, cosa en que jamás se escede; coloca su farol en el centro de las cuatro esquinas, y sentándose arrimado á una de ellas, con resignacion evangélica se dispone á no dormir, cuando todo el mundo no piensa en otra cosa.

Curioso por demás seria seguir los pensamientos de nuestro hombre durante las horas de quietud y de silencio que tiene que pasar. El sereno debe ocuparlas necesariamente en pensar, á no ser que sea como aquel célebre personaje que decia: "Dicen que el pensamiento no pára, ¡quién sabe cómo podrá ser esto! ¡Yo siempre lo tengo parado!"

En fin, ya que no podemos seguir la *elaboracion mental* de nuestro tipo, no le veamos en esas noches tranquilas y sosegadas, sino en una de aquellas crueles y azarasas, que tanto dan que hacer á nuestro vigilante ciudadano.

—Guarda! guarda!

—¡Allá voy!

—Guarda! . . . qué me roban!

—¡Quién se la roba á usted, niña?

—Esos.

—Pero cuáles son esos?

—Aquellos.

—Aquellos! Y por qué se la quieren robar á usted?

—¡Ora sí! yo no he dicho que me quieren robar mi persona.

—Pos entonces? . . .

—Me quieren quitar mis hilachitas.

—¡Aaaaah! Pos casi casi viene á ser lo mismo. . . !

—Ande, guarda, acompáñeme.

—Y si nos roban á los dos?

—¡Déjelo!

—Oiga?

—No quiero: váyase á. . . !

La hembra perseguida se aleja poco satisfecha de la galantería del sereno. Este queda tranquilo en su puesto, porque ha conocido que nadie atacará de veras á la quejosa ni á sus harapos. Poco despues crugen las vidrieras de un balcon que se halla casi en la cabeza de nuestro hombre:

—Guarda?

—Niña?

—Pronto. . . ! una comadre!

—Pos qué sucede, niña? quién está mala?

—No grite vd. . . ! Mi papá. . .

—Cómo! es para el amo la comadre. . . ?

—No, guarda: digo que mi papá puede despertar, y es un caso. . .

—Sí, sí; ya entiendo: es un caso. . .

—Pues! la perrita de Chihuahua se está muriendo, y papá la quiere mucho.

—Voy corriendo niña!

—No toque el zaguan cuando vuelva: yo tendré cuidado de bajar á abrirle. . . Oiga vd. guarda: de paso cómpreme vd. en la botica un real de polvos *provocantes al parto*.

—Está bien, niña.—¡Diablo de animal! cualquiera diria que era una gente. . . !

El guarda se aleja y desempeña su comision con mas acierto que muchos diplomáticos de primer orden.

—Buenas noches, guarda.

—Buenas noches, señor.

—Quiere vd. acompañarme á mi casa?

—Está muy lejos?

—No: se me ha hecho tarde y está eso tan solo. . .

—Vamos, señor.

—Yo no tengo miedo, eh? pero anoche me asaltaron quince hombres, y aunque los hice correr. . .

—¡María Purísima!!!

—Siempre es bueno ser prudente.

- Ya se ve!
—Con que, vamos?
—Vamos, señor.—¡Mi muger tiene mas alma que este roto!
Echa su aparte el sereno, y sigue al prudente de los quince hombres. Poco despues vuelve á su puesto; mas apenas ha llegado, cuando una nueva prójima se le presenta.
—Buenas noches, ñor Serapio.
—¡Erre! qué anda haciendo ña Consapcion á estas horas?
—Cómo qué? siñora está muy mala.
—¿La del 7?
—Pues!—Ande, acompáñeme por un médico.
—Y hasta onde?
—Aquí nomas, casa el señor D. Rafelito Montesuma.
—Y qué le ha sucedido á la señorita?
—Quien sabe. Estaba muy contenta cenando con su primo el del 18, cuando derepente llegó el amo y á poco rato. . . .
—Eso es! revolvió de *carne* y de *vigilia* y le hizo daño.
—Cállese, hombre: no sea malo ni hablador, que la niña es muy buena.
—Yo tambien soy muy bueno, y con todo y eso me agrio y me aeedo cuando mi muger me hace *revoltijo*.
—Nuestra pareja marchó al fin en busca del doctor, y ya de vuelta, el sereno ocupó de nuevo su sitio, sentándose en una de las puertas de la tocinería de la esquina. Ya gracias á Dios le han dejado en paz las Evas perseguidas, las viejas mandaderas y los medrosos *pollos*. Entonces el sereno llama á cuentas su bolsillo, y ve con satisfaccion las monedas que le han producido sus servicios. Despues de hecho su pequeño balance, y mirando que sus catorce faroles están bien atizados, se arrebuja en su capote, se emboza hasta los ojos, cruza los brazos sobre las rodillas, apolla en ellos la cabeza, y presenta el espectáculo de un fardo de añil, sobre el cual ha puesto el cargador su descomunal sombrero.
Apenas el guarda se ha colocado en semejante posicion, algo propia para tributarle culto y reverencia á Morfeo, cuando el ruido de los cascos de un caballo le obliga á levantar precipitadamente la cabeza para ver al transeunte que se aproxima. Dos minutos despues se presenta el cabo.
—Guarda?
—Señor.
—No ha ocurrido novedad?
—Ninguna, señor.
—Bien. Mucho cuidado.
—Vaya usted con Dios que estoy alerta.
El cabo se aleja, y pocos momentos despues todo queda en un pro-

fundo silencio. El sereno vuelve á tomar su primitiva posicion y al cabo de un cuarto de hora no podria responder acertivamente si los relojes han dado las dos de la mañana, ó si no ha sido mas que un sueño. En aquel estado de entorpecimiento y de incertidumbre, y como desde las siete de la noche que tomó su frugal cena, su estómago no ha vuelto á recibir otro alimento, el pobre hombre empieza á soñar con los objetos que encierra la tocinería que se halla á sus espaldas, y de la cual precisamente ocupa una de las puertas. Aquel es un sueño delicioso, seductor: lleno, si no de poesia, al menos de perfumes gastronómicos y de alimenticias tentaciones. Nuestro hombre se mira colocado sobre un pedestal de pernils y tocino; sobre su cabeza ve un rico pabellon de sabrosísimos chorizones; la atmósfera y el aire que respira están impregnados del grato olor que exhala la seductora colgaduría; y para mayor placer, honra y dicha, personas invisibles, las hadas sin duda de aquel encantado recinto, le coronan de aromática y sabrosa longaniza. Nada importa que en aquella vision fantástica los sentidos no gocen por iguales partes. La vista, y sobre todo el olfato, son los reyes y señores del festin, cosa muy puesta en razon, cuando los tales sentidos tienen sus relaciones íntimas con un estómago vacío. Nuestro hombre no escucha músicas celestiales, ni siente el roce aterciopelado de los lábios de una huri; pero en cambio ve, huele, y por fin de postres espera gustar de los tesoros que ha visto y olfateado.

¡Mas el hombre ha contado sin la huésped, y no sabe que desde que el mundo se volvió romántico, preciso es que los sueños tengan un fin desastroso! Como vdes. lo oyen. Repentinamente las puertas del templo se abren; multitud de monstruos y vestiglos penetran en aquel recinto *restaurador*; desgarran el odorífero pabellon; las longanizas se convierten en horribas serpientes, cuyos anillos horripilan á nuestro personaje con su frío glacial; el trono de jamones se hunde; cae el sereno, se estremece, y levanta la cabeza restregándose los ojos con ambas manos.

—Maldito sueño! esclama el sereno: aun me parece que *güelo* la longaniza. . . . Eh! qué es eso? . . .

El guarda que se había puesto en pié, ve á sus plantas un objeto que no le es desconocido: le levanta y se halla con una estupenda corona de aquellas que poco antes engalanaron su cabeza. Se dirige azorado á la otra puerta de la tocinería, la empuja y cede bajo el impulso de su mano. ¡Desgraciado guarda! si hubiera leído á Fr. Luis de Leon, en aquel momento se acordaria de los siguientes versos:

Oye Joseph entre sueños
Lo que el ángel le alumbró,

Y despierto conoció
Que los sueños no son sueños!

Por consiguiente, el desenlace final de la anterior escena se reduce á echar pito veinte veces, á carreras, alborotos y á cuantas mas etcé-
teras quieran vdes. añadirle. El pobre guarda queda detenido hasta
averiguar si tuvo parte en aquel robo, y al día siguiente se lee en un
periódico ilustrado:

ROBO ESCANDALOSO.—Ayer entre cuatro y cinco de la maña-
na ha sido robada la tocinería de la calle H. y que es propiedad del
Sr. D. Gordiano Butifarra. Segun se dice un descuido del sereno oca-
sionó tal accidente. Ya lo hemos dicho otra vez: mientras esos en-
cargados de conservar.....

Aquí siguen un retahila de observaciones sobre el no dormir, las
cuales hizo el periodista en su cama, mientras el sereno permanecía
en la calle, aterido de frio y atormentado por el sueño....!

¡Infeliz guarda! el día anterior fué para él un día aciago. Por la
mañana, en la revista de domingo, estuvo á punto de verse arrestado
por no llevar puesto el pantalon de gala, á causa de no haberle pegado
la mujer tres botones que le faltaban: su módica quincena de 7 pesos
sirvió para que la suegra apadrinase á un pimpollito de la casera: uno
de sus hijos se estaba muriendo y hacia dos días con sus noches que el
infeliz hombre no pegaba los ojos. Y luego, no se duerma Vd., por-
que uno de los señores redactores del *Narcótico, periódico soñoliento y
soporífico*, pondrá el grito en los cielos!

¡Cuerpo de Cristo! Yo soy capaz de dar un buen consejo y lo daré
por vida mia. Escúcheme el sereno y dígame al periodista cuan-
do chille:

Alma de alcornoque...!! mientras yo paso la noche sin dormir, tu
duermes á pierna suelta, y haces dormir á los lectores, por medio de
tus articulejos desabridos.—R.

Enero, de 1855.

